

81 Mar de Ontígola

Situación

Carretera de Ontígola

Fechas

O.: 1560-1565

1º Ref.: 1565. Fo.: 1568

2º Ref.: 1568. Fo.: 1572

3º Ref.: 1611

Mar Chico: 1735

Autor/es

Juan Bautista de Toledo y Pieter Jansen

1º Ref.: Juan Bautista de Toledo y Francisco Sánchez

2º Ref.: Francisco Sánchez, Jerónimo Gili y Juan de Herrera.

3º Ref.: S.i.

Mar Chico: S.i.

Usos

Abastecimiento de agua

Propiedad

Pública

Protección

Reserva Natural 1994

Elemento Singular (P.G.O.U. Aranjuez 1996)

Paisaje cultural Patrimonio de la Humanidad 2001

El llamado Mar de Ontígola es un embalse situado a 2 km del Palacio Real de Aranjuez, al sur del casco urbano entre el antiguo camino de Ontígola -carretera TO-3115-V en la actualidad- y la vía del ferrocarril a Cuenca, en un pequeño valle de fondo plano excavado por la erosión a 554 m de altura en el borde de una alcarria compuesta por margas yesíferas del Mioceno.

Este embalse acumula un volumen de 400.000 m³ de agua que se extienden por una superficie de 140 m de ancho por 500 m de fondo -equivalente a 7 ha-, muy similar a las 113.880 "varas superficiales" o 7'96 ha del "polígono irregular" descrito por López Malta en 1868, pero sólo la mitad de las 14 ha citadas por Cantó Téllez en 1928 -aunque muy superior a la única hectárea consignada por Utanda Moreno en 1980-.

El dique propiamente dicho presenta una planta en sección de arco, con una longitud de 140 m, una anchura total de 20'4 m en el centro que en los extremos se reduce hasta 17'3 m, y una altura máxima de sólo 6 m resultado del aterramiento de su cara exterior, pues en origen debió alcanzar hasta 10 m; aunque Simón Viñas



Vista general con el dique en primer término. Foto Vicente Patón.

la aumenta hasta 14 m, traduciendo por 330 m de largo y 9 m de grosor las medidas históricas de 400 varas de longitud por 10 varas de espesor citadas por numerosos autores desde Álvarez de Quindós hasta Madoz.

En cuanto a su sección, está formada por tres muros ataludados paralelos de distinta altura -fruto de sucesivos reparos en el momento de la construcción- cuyos espacios intermedios están rellenos de tierra, creando dos andenes escalonados: uno exterior más bajo, con 6'8 m de ancho en el centro y sólo 3'7 m en los extremos, y otro superior de 13'6 m de espesor constante. El muro exterior, de mampostería, con planta convexa y algo más bajo que los otros dos, presenta la singularidad de estar reforzado por cinco contrafuertes trapezoidales de 2'75 m de anchura por 3'3 m de longitud; del intermedio poco puede decirse a falta de catas que permitan aclarar algún dato sobre su construcción; mientras que el interior, de sillería y mampostería caliza, debe presentar otros estribos más pequeños empotrados en el terraplén, según se deduce de fuentes históricas; siempre que no sea cierta la hipótesis planteada por el ingeniero Rivera Blanco cuando sugiere la existencia de cuatro paredes -estando la cuarta empotrada en el espesor del andén superior-, que no podrá comprobarse hasta la realización de las catas oportunas.

Por desgracia, en la actualidad apenas puede verse nada de esta muralla que fue la primera

presa de gravedad con contrafuertes de la Edad Moderna y una de las primeras de terraplén, y durante mucho tiempo la de mayor volumen de agua embalsada, pero que en la actualidad aparece enterrada hasta media altura y cubierta por una espesísima vegetación de la que apenas asoman algunos estribos semiarruinados y el doble andén superior; aunque todavía funciona la sencilla compuerta manual del desagüe de fondo y el aliviadero de vertido libre, formado por un machón central de piedra que divide las dos bocas cuadradas de desagüe y sobre el que descansan directamente las losas del pavimento; habiendo desaparecido los pretiles de coronación y el templete barroco que protegía el mecanismo de la compuerta y que todavía asomaba del vaso en algunas fotos de los años cincuenta del pasado siglo.

A 400 m de este mar, junto a la carretera de Andalucía se excava un segundo depósito de planta rectangular, llamado Mar Chico, que servía como balsa de decantación del primero, y que presenta una planta rectangular delimitada por un andén de piedra con una pequeña tapia perimetral de ladrillo, rodeada a su vez por una hilada de árboles de sombra plantados a intervalos regulares.

La primera noticia que conocemos sobre el prado o "herbazal de Fontígula" -cuyo nombre deriva del latino *fonticulum*, con el significado de fuentecillas por las muchas que aquí bro-

Obras Públicas. Mar de Ontígola

taban— hace referencia a una partición del mismo efectuada en 1202 por Alfonso VIII *el de las Navas* entre la Orden de Santiago y el Concejo de "Occania" —Ocaña—; aunque según Álvarez de Quindós, el actual Mar de Ontígola tuvo como precedente una laguna —probablemente artificial— que se formaba al acumularse las aguas procedentes de los manantiales de la Mesa de Ocaña con "las llovidas que venían de los cerros de uno y otro lado del Vallemayor y desde Ocaña; cuya balsa llamaron Fondón por lo baxo de su situación y remanso que hacían las aguas". Años más tarde, "Don Gonzalo Chacón, que tuvo en tenencia a Aranjuez, y fue su Alcayde en tiempo de los Maestros Don Alonso de Cárdenas y los Señores Reyes Católicos, mandó hacer un caz largo por medio del prado de Ontígola, que recogiese todas las aguas sobrantes de aquellos manantiales, y con ellas regó el prado de Aranjuez (...), como se refiere en la visita del año de 1494, llamándose por esta razón el prado del Regajal o del riego, y el caz subsiste con el nombre de cacerón bajo de Ontígola". Sin embargo, "quando el Señor Don Felipe II empezó a dar forma al Sitio", siendo todavía príncipe, se hizo patente la necesidad de "recoger más aguas para dar riego a los grandes plantíos que se hicieron y a las huertas y jardines" con sus fuentes, que no podían funcionar con las del caz de las Aves por problemas de presión, por lo que ya en 1552 dio instrucciones para que se hiciese "una laguna muy grande en el arroyo de Ontígola y otras dos o tres pequeñas en el de hacia Ciruelos, para que vengan a ella aves para la altanería".

Sin embargo, nada se hizo por represar estas aguas hasta que "mandó a su Arquitecto Mayor Juan Bautista de Toledo diese forma de contenerlas para juntar mayor caudal", por lo que "éste dispuso el año de 1561 hacer un malecón de tierra a la parte de oriente" del Fondón, "y arreglar el terreno o suelo de la laguna", que "por su grande extensión" pasó a ser llamada Mar de Ontígola; empleando en el diseño a un "diquero" holandés llamado Pieter Jansen o Janson, con el que había realizado poco antes los estanques de la madrileña Casa de Campo.

Además "para reconocer los manantiales y darle aumento hizo venir el Señor Don Felipe II a un hidráulico, que decían Zahorí, y se llamaba Baltasar de San Juan", que "hizo aclarar los antiguos", y "descubrió uno nuevo en una peña, que se rompió para dar salida al caudal y dotación más propia y fija del mar", recibiendo en recompensa "quince mil maravedís y setenta fanegas de trigo de salario anual por *Real Cédula* de 28 de junio de 1565"; mientras que otro muchacho de nueve años descubrió nuevas fuentes en 1562.

A finales de ese año los trabajos estaban a



El Mar de Ontígola en la *Topografía del Real Sitio de Aranjuez* de Domingo de Aguirre, 1775.

cargo de Juan de Castro—maestro de obras titular del Real Sitio—y el flamenco Adrián van der Mulee, Mulse o Musse, que comenzaron a preparar el terreno, aunque hasta enero del siguiente año Juan Bautista de Toledo no tuvo terminado el diseño definitivo del muro, para el que tuvo muy en cuenta las opiniones de Jansen—aunque no esperó a su regreso de Sevilla para iniciar las obras—. El dique previsto estaba formado por "dos murallas de cantería" semejantes a las de Madrid, levemente ataludadas y muy esbeltas—con un espesor de cinco pies en la base y dos y medio en la cumbre, y una altura de veinticuatro pies aguas arriba y treinta pies aguas abajo—, una recta al interior y otra convexa al exterior, entre las que se disponía un relleno de tierra formando un andén—con anchura variable desde los 6'8 m del centro, donde la carga de agua es mayor, a los 3'6 m en los extremos junto a las orillas—atravesado por aliviaderos de desagüe de sillería "de muy buen grano, porque se puedan labrar muy lisos". A partir de este momento los trabajos—que por enfermedad de Castro habían pasado en enero de 1563 a manos de Francisco Sánchez, maestro de obras de Ocaña, aunque



"Planta, perfil y fachada del murallón del pantano que se había de hacer en los cerros de la Mina, frente a la Casa del Labrador". Arquitecto: Juan de Villanueva. *B.N.*, 15-86 n° 25, Barcia, n°s 6.893-6.895.

siempre bajo la supervisión de Toledo—avanzaron a buen ritmo, habiéndose gastado ya en julio un millón de maravedís—equivalentes a 2.674 ducados de los 4.000 presupuestados—, aunque se prolongaron bastante más de los "tres meses" previstos por Felipe II, pues todavía en septiembre se reclamaban mil ducados que no habían llegado y que eran necesarios para poner la obra en el estado "que su Magestad mandó, que era y guallo con lo más alto del muro y cerrar los acotaderos y terraplenallo", para echar alguna cantidad de agua "porque se pudiese ver sy ay algunos sumideros de agua para que se cierran y maçizen" y echar los peces llegados de Flandes. Una vez terraplenado fue inspeccionado por van der Mulee, que a pesar del éxito de las pruebas parciales de llenado, opuso algunas objeciones por parecerle que se gastaba demasiado dinero "en hacer las paredes altas y gruesas". El dique quedó casi acabado en julio de 1564, cuando Toledo volvió a inspeccionarlo antes de su llenado definitivo, previsto para la Navidad; y aunque todavía en enero del año siguiente Felipe II ordenó construir un pretil sobre el muro y crear algunas islas artificiales de recreo en el vaso, poco más



El Mar de Ontígola pintado por Fernando Brambilla hacia 1830. *Embajada de España en Lisboa, inv. 10011870.*



Bañistas en el Mar de Ontígola hacia 1830.

tarde Toledo tasó definitivamente los trabajos realizados, valorándolos a un precio tan bajo que provocó las quejas de Sánchez.

Inesperadamente, sólo dos meses después, el día 2 de marzo, se produjo un desplome parcial del muro exterior que exigió vaciar el estanque y descargar el terraplén, requiriéndose los pareceres de Sánchez y Toledo para reparar los daños, que el primero atribuyó a Jansen, por haberse mofado de los contrafuertes que él propuso al comienzo de la obra inspirándose –al parecer– en los que Toledo había construido en una presa de Alpañés. Esta propuesta de Sánchez se mejoraba además con una aportación de Toledo, que preveía la construcción de “algunos respiraderos (...) por donde pueda salir el agua del terraplén” para que “no se haga reventar la pared por abajo”. Y precisamente ésta fue la solución conjunta adoptada para efectuar los reparos; perforándose a lo largo del muro varios sumideros de desagüe y construyéndose una serie de estribos de refuerzo de catorce pies de longitud y seis de anchura, que se adelgazaban hasta sólo tres y medio en su cara superior, completándose la obra con la instalación de pretilos por ambos lados; aunque Rivera Blanco plantea la posibilidad de que este muro con contrafuertes de planta convexa se levantase con independencia y algo separado del original –que según esta hipótesis sería el actual muro intermedio–, creando un terraplén de relleno entre los dos. En cualquier caso, gracias a esta reforma puede considerarse al Mar de Ontígola como la primera presa de contrafuertes del Renacimiento, en la que se recuperaba una técnica de la Antigüedad relegada después al olvido.

Reanudados los trabajos, los estribos estaban

casi terminados en abril de 1565, cuando ya se habían empezado a excavar los desagüeros y se planteaban los antepechos; sin embargo, en febrero de 1566 todavía se avanzaba en la pared del estanque y se recomendaba que la venida del rey se retrasara “hasta estar acabada y que los árboles empezasen a echar”, mientras que a principios del siguiente año se trabajaba en el canal del desagüero. Poco más tarde, en mayo de ese mismo año, se produjo el fallecimiento de Toledo, que fue reemplazado por su antiguo discípulo calabrés, Jerónimo Gili, que se encargó de culminar las obras, casi concluidas a principios de 1568, cuando se procedió de nuevo al llenado a pesar de advertirse una grieta en el muro interior que fue reparada “sin darle mayor importancia”. Pero el 20 de junio se produjo un nuevo derrumbamiento que Juan de Ayala –secretario de Felipe II– atribuyó a “un viento solano grande que anduvo aquella noche, que levantó olas por cima del terraplén”, provocando el hinchamiento de su relleno arcilloso que aumentaría su presión sobre el muro –de acuerdo con la explicación propuesta por Díaz Marta–. En esta ocasión el derrumbe afectó al muro interior, por lo que Sánchez propuso construir por delante del mismo en paralelo un tercer muro de treinta y cinco pies de altura, con un cimiento de seis pies de fondo y doce de espesor, ocho pies de grosor en la base y cuatro en la coronación, reforzado aguas abajo con “diez botaletes” o contrafuertes “que cada uno de ellos salga cuatro pies y medio más del trasdós de la pared”, que quedasen empotrados en el nuevo terraplén intermedio, que formaría un segundo andén más alto y más ancho que el anterior, para lo que habría que reparar el muro arruinado, y recre-

cerlo en cinco pies. La nueva obra se haría según unas minuciosas instrucciones establecidas en una *Cédula Real* de 5 de diciembre de 1568, donde se especificaba la utilización de sillares engrapados, bien escodados y embetunados, e incluso que “si conviniera que para más seguridad y perpetuidad de la obra” fuese necesario cavar más hondo el cimiento se diese “aviso a su Majestad para que con su sabiduría se determine lo que se habrá de hazer y que aquello se ponga en ejecución”. Dos días después se contrataron los trabajos, que no pudieron iniciarse de inmediato porque se acercaba el invierno y no fraguaría la cal, retrasándose hasta el 29 de agosto del siguiente año el inicio de las obras, que Sánchez se comprometió a realizar a destajo bajo la dirección de Gili en sólo seis meses. Sin embargo, el 25 de septiembre, éste último súplica al rey que apoye su autoridad, pues la obra “va fría” y sólo se había construido la mitad de los cimientos, teniendo que interrumpirse nuevamente el 6 de diciembre de 1569 por miedo a las heladas, cuando ya aquéllos se habían terminado y empezaban a asentarse los sillares del muro. Sin embargo, ni las quejas de Gili –auxiliado ahora por el aparejador de cantería Juan de Minjares– ni la impaciencia del rey debieron de afectar a Sánchez, pues en marzo de 1570 sólo se habían colocado cuatro hiladas, no rematándose la obra hasta mediados de noviembre; aunque todavía en 1571 Felipe II ordenó que se subiese “la pared otras dos hileras” y sobre ella se asentase “el pretil de tres pies de alto”, “guardando el orden y condiciones hechos por Gerónimo Gili y Herrera”, aunque el antepecho “de anchura uniforme” se trazó siguiendo el criterio del último –que es citado por vez primera



El Mar Chico en 1902. *Album-guía del Real Sitio de Aranjuez.*



El Mar de Ontígola hacia 1950. *Foto Juan Antonio Oranoz.*

cuando ya está concluido el dique, aunque Quindós le atribuya la "traza y dirección" de toda la "pared de mampostería y cantería"—; quedando acabada la presa a comienzos del siguiente año —a falta sólo de la tasación y de concluir los canales y aliviaderos, que se terminaron en 1573—, aunque hasta septiembre no se terminó el dique de decantación diseñado por Jansen para "que las aguas hiciesen descanso en otro charco pequeño más arriba", y "desde él baxasen mansas a la laguna principal, dexando asolados los légamos y brozas que traían; el qual era fácil de limpiar todos los años en buena estación, y a poca costa", de manera que "los légamos que conduce el agua no ocupasen y llegasen a lodar la caja con disminución del caudal de aguas que pudiese contener; y que además las consumiesen en tiempos de calor". Con este mismo fin, "por escritura de setiembre de 1571" el gobernador de Aranjuez Alonso de Mesa compró en nombre del Rey —"en precio de ciento cincuenta y cinco mil maravedís"— "la huerta que hay en el prado de Hontígola", "con dos cuevas, un batán y pozas para cocer cáñamo", aunque el "molino batán que había, y dio nombre al prado del Molinillo, (que) se servía de las aguas del arroyo de Hontígola, y era propio de Antonio Morales, vecino de Ocaña", "se mandó deshacer" "para excusar los daños que las gredas de los paños pudiesen hacer a la laguna; y con el mismo motivo se deshizo otro molino, que se había comprado con la huerta llamada de la

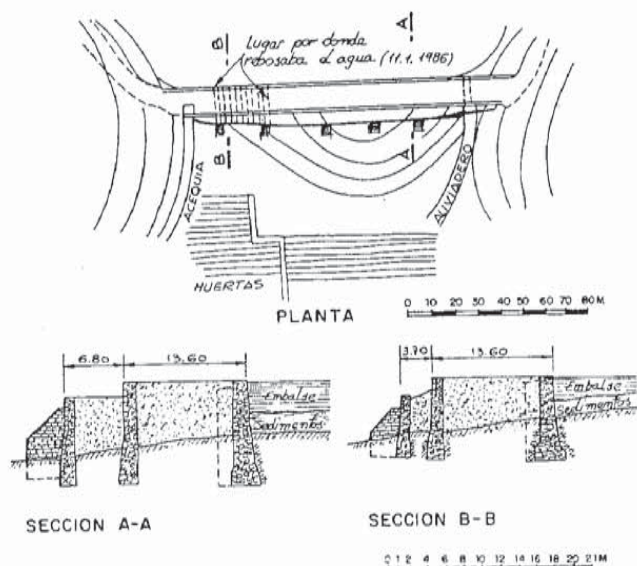
Encomienda". Por desgracia, estas medidas tuvieron poco efecto, siendo el enlodamiento el principal problema futuro de la presa, que carecía de una galería de fondo para limpieza de fangos independiente de la salida de agua—sistema que según López Gómez ya se incorporaría a sus sucesoras de Tibi y Almansa—.

"Importó toda la obra del mar, según parece de un libro de asiento de los que se hacían por este tiempo, tres cuentos novecientos treinta y siete mil novecientos ochenta y cuatro maravedís", es decir, 3.937.984 maravedís, equivalentes a 10.530 ducados, dos veces y media lo presupuestado en un principio.

Aunque en el Mar de Ontígola no se obviaron los aspectos meramente utilitarios, estableciéndose dos acequias que tomaban las aguas del mismo —una que nacía en su extremo oriental y se dirigía hacia el norte para regar el Jardín de la Isla y alimentar sus fuentes más altas, y otra que salía del extremo opuesto y se desviaba al oeste para irrigar el prado del Regajal—, los fines principales del pantano—según Juan Carlos de Miguel y Cristina Segura— eran de tipo recreativo: alimentar "los estanques que el Monarca dedicaba a criar peces", atraer aves de caza a la zona, y celebrar naumaquias y pasear en barcas; sin contar el disfrute paisajístico, realizado por el "espléndido paseo" obtenido al ensanchar la muralla de contención "en términos que andan carruages por cima de ella".

Este carácter lúdico se vio reforzado en 1625,

cuando Felipe IV hizo construir un "pabellón o cenador (...) en el centro del propio estanque, sobre una isilla circundada de barandillas de hierro" —obra probable de Juan Gómez de Mora—, al que se accedía mediante "góndolas y chalupas chatas muy adornadas", para las que se construyó la correspondiente atarazana y que se utilizaban también para pasear o pescar; constando que "la Reyna Gobernadora Doña Mariana de Austria se embarcó el año de 1668 en una góndola cuya cámara de popa tenía columnas y adornos de plata", mientras que el duque de Saint-Simon durante su estancia de 1722 pudo admirar "algunas "pequeñas naves" usadas por la corte para pasear por "un grande y magnífico estanque" "revestido de piedra", "que es allí una maravilla"; pudiendo verse en sus cercanías un jardín de fieras con cebras, guanacos y un elefante, que se movían en libertad—confinados sólo por el árido entorno— en un oasis de verdor. Además, desde la "isleta y cenador veían SS. MM. las fiestas de los despeñaderos", para las que se construyó "una fábrica en los cerros de la parte del norte y sobre el camino que va a Hontígola, como a la mitad del mar, con suelo de tablas ensebadas y sus antepechos de maderos altos a los lados", y "en la eminencia (...) unas jaulas o toriles, donde se encerraban las fieras". Al abrirse las jaulas "salía el toro" —aunque a veces se utilizaban "camellos, jabalíes y otros animales"—, "que precipitado por el despeñadero caía a las aguas del mar", y "luego que se



Planta y secciones del dique, 1978-1986. Levantamiento M. Díaz Marta y José A. García-Diego.

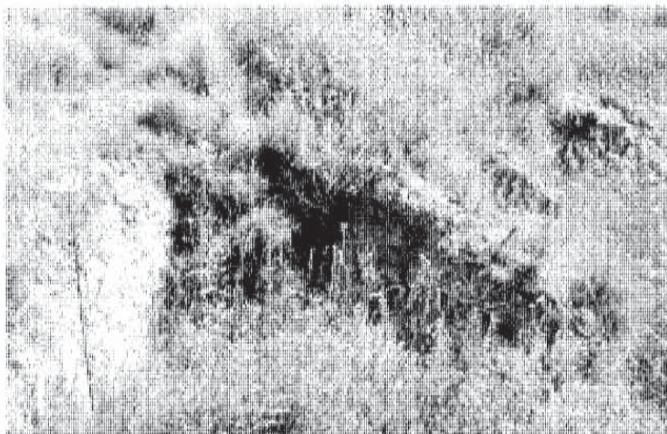
desenvolvía, nadaba en ellas, y desde unos barcos le capeaban, llamándole hacia el cenador para que el Rey le matase de un arcabuzazo". "Aficionado el Señor Don Carlos II a esta especie de diversiones", al igual que "su padre el Señor Don Felipe IV", hizo construir junto al mar "el año de 1692 una plaza de toros con toriles a la parte del mediodía, y un aposento y balcón para los Reyes, donde corrieron aquel año dos fiestas de toros y una de camellos, sirviendo los cerros inmediatos de miradores o tendidos al mucho pueblo que acudía a ver estas fiestas"; que "se repitieron hasta el año de 1700, en que falleció el Señor Don Carlos II", aunque todavía "a presencia del Señor Don Felipe V hubo varias corridas en esta plaza, y en la del día 23 de mayo de 1725 se picaron de vara doce toros", cuando además "se despeñaron y mataron por mano del Rey doce toros, tres jabalies, y un camello"; mientras que Estrada menciona todavía en 1747 el "despeñadero o artificio de madera para correr los toros, que matan los Reyes dentro de este mar quando quieren semejante diversión", aunque ya debía estar en desuso. No así el pabellón de la isla, pues todavía en 1769 se encargó a Jaime Marquet "reconocer el antiguo cenador -llamado del Mar de Ontígola- que se hallaba en muy malas condiciones, para que si fuera posible lo reconstruyera o en el caso contrario realizara uno nuevo presentando previamente el correspondiente plan y alzado para su apro-

bación", que fue ejecutado por sus sucesores después de su partida. Y dos décadas más tarde, en 1789, aún se construían en sus atarazanas una fragata y varios bergantines que se trasladarían al río Tajo después.

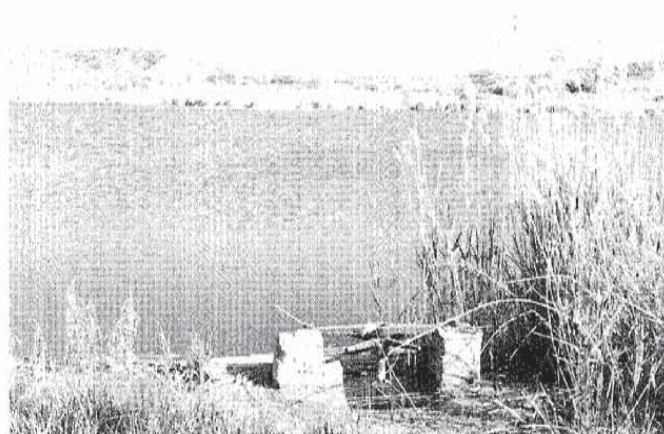
Durante todo este tiempo, el Mar había sufrido sucesivos reparos; aunque el más importante fue el efectuado en 1611, cuando se vació el vaso por amenazar ruina una de las paredes, que fue reedificada al siguiente año. En 1735 se mejoró el reparto del agua mediante la construcción en la acequia occidental de un nuevo estanque decantador llamado Mar Chico, con las llaves "de cargo y descargo" de la nueva tubería de hierro que se instaló para sustituir a la de plomo que había alimentado hasta entonces las fuentes de los jardines -cuyo recorrido se caracterizaba por una serie de respiraderos piramidales de ladrillo a lo largo de la carretera de Andalucía que culminaba en la ventosa octogonal de 50 pies de altura que todavía puede verse junto a la calle homónima del Jardín de la Isla-. Del Mar Chico salía además una acequia que desembocaba en un segundo estanque repartidor que se hizo posteriormente al pie del cerro de las Olivas, del que nacían dos caces que servían para sostener la Huerta Valenciana y las calles de árboles del Príncipe y de las Infantas -"y eventualmente para solventar dificultades en el riego de los jardines y de la calle de la Reina"-, aunque al construirse la población se

utilizaron además "para matar el polvo y el calor" de sus principales vías, para lo que se construyeron numerosas fuentes no potables. Nuevas intervenciones tuvieron lugar reinando ya Carlos III: en 1764 Jaime Marquet -que ya había realizado alguna obra dos años antes- presentó "un diseño para la muralla y compuerta del Mar de Ontígola" que debe corresponder al templete barroco -hexagonal u octogonal- visible en antiguos grabados y pinturas de la presa, y que está muy relacionado estilísticamente con el arca de agua construida pocos años antes y atribuida al propio Marquet; algo más tarde, el mismo monarca ordenó que se arbolasen las márgenes de la acequia que unía el Mar Chico con el "Repartimiento de aguas para el riego", del que se sacó un nuevo caudal para irrigar la huerta del Convento de San Pascual y el jardín de la casa de Medinaceli, como puede verse en la *Topografía del Real Sitio* grabada por Domingo de Aguirre en 1775; además, otro canal sangrado directamente del caudal principal un poco por debajo del Mar Chico permitía llevar agua al jardín del Vergel y la huerta de Los Deleites, y regar el arbolado de la calle homónima y de la carrera de Andalucía, junto a "una porción grande de tierras situadas a la falda de los cerros del Parnaso"; aunque años después a Ponz le sorprendía que no se hubiese pensado en coronar las márgenes del propio Mar "con chopos y otros árboles frondosos", pues "los soles le sorberían menos agua en la estación ardiente del verano, y aumentarían el recreo de los que fuesen a pescar, o a pasearse en sus orillas".

Sin embargo, la obra más importante fue emprendida -"con el fin de aprovechar de este modo la mucha agua" del Mar que se perdía- ya en el reinado de Carlos IV, pues según informa el propio Ponz en 1791, aunque dicho monarca ya había llevado "algún caudal de dichas aguas para las nuevas fuentes del Jardín del Príncipe", había "corrido la voz de formar otro pantano más abaxo del de Ontígola, el cual podría llenarse con las mismas aguas de éste, y con otras que acaso buscándolas, se podrían encontrar", sin más gasto que el derivado de construir "otro paredón" como el de aquél. El proyecto definitivo planteado por el arquitecto Juan de Villanueva resultó mucho más ambicioso, pues preveía la construcción de dos nuevos embalses -conectados por una acequia- para abastecer las fuentes del Jardín del Príncipe y regar el arbolado de la parte oriental del Sitio, que se llenarían con agua procedente del arroyo que desagua en el Mar de Ontígola a través de "una tarcea subterránea" de "cuatro mil varas, la que empezando en la falda del cerro del Mojón en el camino de Ontígola" -"que es el que divide los términos de Ontígola, Alpacés y Aranjuez sobre el refe-



Detalle del dique con los contrafuertes. Foto Actividades y Servicios Fotográficos.



Detalle de la compuerta. Foto Vicente Patón.

rido prado de aquel pueblo"— llegaría "a salir, horadando los cerros del Carrascal" o Valdelascasas, "a un extremo del caramillar" de la Huerta Valenciana, "no lejos de la cañada de la Salina" de Alpajés, "donde se pensó abrir un estanque central para distribuir las aguas". Por desgracia, aunque la mina se llegó a excavar empleando a los artilleros segovianos "que estaban de servicio en las jornadas", y aunque "costó mucho por las dificultades que fue preciso vencer", estando casi acabada en 1804 —aunque todavía "sin terminar completamente" y a falta de las demás obras previstas—, "quedó abandonada por las desgraciadas ocurrencias de 1808", sin que Fernando VII mostrase interés por terminarla, por lo que el riego se limitó al "pequeño caudal de una cacera procedente de aquel lago que desagua en un gran estanque" llamado la Charca del Secano, que se construyó en el extremo oriental de la Huerta Valenciana —conocida también por aquel nombre—, "de donde se abastecen las fuentes del Jardín del Príncipe".

Por desgracia, aunque en 1745 y 1747 se habían efectuado limpiezas de broza y cieno en cauces y manantiales, al descuidarse la "charca" superior de decantación "se fue cegando insensiblemente", hasta el punto de que —según Quindós— en 1804 apenas había "señales de ella". Como consecuencia se produjo el progresivo e inexorable aterramiento del vaso, reduciéndose el caudal hasta el punto de que "en tiempos de calor" el Mar se quedaba "quasi en seco, exhalando muy malos efluvios, perjudiciales a la salud". La situación se agravaba por desviarse parte de las aguas del arroyo que lo alimentaba para el riego de los campos de

Ontígola, pues aunque el propio Felipe II negó en 1570 a su Concejo —que alegaba viejos derechos de riego— el uso de las mismas por ser perjudicial para "la pesca", según López Malta el monarca debió llegar después a algún "acuerdo con aquellos vecinos, otorgando algún documento; pues aunque siempre con la pretensión de ceñirlos a un reducido círculo, se les ha permitido regar su prado, considerando como sobrantes las aguas que ingresan en el Mar", y aunque el 28 de enero de 1817 se les hizo una reclamación, la situación empeoró los siguientes años, pues los campesinos hicieron uso tan abusivo de aquellas que durante las primaveras excepcionalmente secas de 1818 y 1819 el embalse quedó casi vacío, obligando a apagar incluso los surtidores de los jardines abastecidos por el mismo —con la anuencia del propio Fernando VII, que tuvo que transigir ante la resistencia mostrada por los vecinos—; repitiéndose el problema al siguiente año, cuando ante la escasez de agua para regar las alamedas se decide que el día de San Fernando—onomástica del rey— no funcionen las fuentes altas de la Isla —que se surten del Mar— sino sólo las bajas que se abastecen directamente del río. Esta situación empeoró aún más en 1833, cuando se advirtió el estado ruinoso de la presa —casi "ciega de cieno"—, que debía ser arreglada inmediatamente para evitar "una avenida de aguas que inundaría y arruinaría la mayor parte de la población de este Sitio, y particularmente el Real Palacio". El proyecto de reparación —incluido el desludado— lo presupuestó Matías Díaz Ximénez, ayudante del Aparejador del Sitio, en 197.186 reales que podrían recuperarse por el canon cobrado "sobre el agua de riego que almacenaría el estanque ya limpio, y

que permitiría cubrir 400 fanegas" de regadío adicionales. Sin embargo, este cálculo resultó ser muy optimista, pues sólo dos años más tarde la reparación del malecón y la retirada de las 351.120 varas cúbicas de lodo que acumulaba el vaso —"casi obstruido de légamos, pues sólo tenía de 3 a 4 pies en su mayor profundidad"— se valoraron en no menos de 1.095.360 reales según un presupuesto fechado el 17 de noviembre, aunque el espacio liberado permitiría regar 500 fanegas que proporcionarían 30.000 reales de renta anual por el valor del agua suministrada, no siendo necesario repetir el desludado hasta pasados 60 años, por lo que al final sería rentable. Pero aunque la obra se autorizó inmediatamente, iniciándose los trabajos ya a finales de 1835, tuvo que interrumpirse por la generación de "efluvios" transmisores de enfermedades, y el parón previsto inicialmente hasta el final del invierno se prolongó durante cuatro años más por los avatares de la *Primera Guerra Carlista*, que absorbía en aquel momento todos los recursos del Gobierno. Una vez terminada se decidió reanudar la limpieza, aunque para abaratar costes se recurrió a mano de obra forzada según una *Orden* firmada por la Reina Gobernadora María Cristina de Borbón el 10 de diciembre de 1839 que permitía "traer mil doscientos presidiarios para ocuparlos en estos trabajos". Estos reclusos fueron alojados en el antiguo cuartel de Guardias de Corps, generando en el Sitio numerosos problemas de abastecimiento y salubridad, pero "aunque estuvieron los once meses que comprenden desde febrero a diciembre de 1840" ocupados en la labor, "fueron tan escasas las ventajas, que quedó casi en el mismo estado cuando fue preciso trasla-



Detalle del aliviadero. Foto Vicente Patón.



Mar Chico. Foto Vicente Patón.

darlos a otro punto, por la serie de enfermedades que se declaró entre ellos, producidas por los malos efluvios de los légamos del mar". En tales circunstancias y como último recurso el Administrador del Patrimonio decidió dos años más tarde sacar a subasta "el desbroce o limpieza de esta laguna", valorando "a un real y treinta y dos maravedises" la "vara cúbica" de lodo retirado. La puja subsiguiente tuvo lugar el 25 de agosto de 1842; quedando el embalse "perfectamente limpio en breve tiempo por una inversión de sólo 99.810 reales y 25 maravedises" —sin incluir "la obra de la muralla", que fue por fin reparada—, "quedando este depósito con todo su inmenso caudal, que proporciona una considerable riqueza al Patrimonio". A juzgar por las cifras citadas se deduciría que no fue tan inútil el trabajo efectuado por los reos, que debieron de retirar no menos de 250.000 varas cúbicas de lodo; aunque quizás se exageró deliberadamente el éxito de los trabajos realizados, pues según López Gómez, en 1844 se volvió a proyectar una nueva limpieza —mayor que la efectuada sólo dos años antes—, estimándose en un principio la superficie de la lámina de agua en 7 ha, con una profundidad máxima de sólo 2 m y una cabida de 140.000 m³, por lo que el embalse rebosaba en invierno pero llegaba casi a secarse en verano a pesar de recibir del arroyo de Ontígola un aporte de 800 m³ diarios sin contar las aguas pluviales; para resolver el problema se propuso

utilizar una draga de vapor con la que retirar 140.000 m³ de fango a lo largo de cuatro años, duplicando la profundidad y capacidad iniciales del pantano; sin embargo, un segundo proyecto incluido en el mismo expediente incrementaba hasta 8 ha la superficie del agua embalsada y hasta 290.000 m³ el lodo que se retiraría "a brazo" con el concurso de 100 forzados, excavándose 3 m más donde ya se limpió y 3'6 m en el resto, por lo que podemos deducir que la limpieza de 1842 se limitó a rebajar en sólo 0'6 m el fondo de una parte del vaso. Ninguna de las propuestas satisfizo por completo a la Administración, pues la limpieza se juzgaba cara y prescindible al bastar la capacidad existente para las necesidades del Patrimonio, aunque se consideraba indispensable el arreglo de la compuerta, por lo que se decidió iniciar los trabajos empleando penados, que se interrumpieron cuando sólo se habían retirado 3.000 m³ por "creerse que el ciendo extraído era nocivo para la salud pública". El mismo autor plantea la posibilidad de que en las sucesivas limpiezas los presos —escasos de medios— vertiesen los légamos retirados aguas abajo del dique, que quedaría desde entonces semienterrado, pues todavía se ve completamente limpio con sus cinco contrafuertes bien visibles en una pintura de Fernando Brambilla fechada hacia 1832; a no ser que este relleno se hiciese a propósito para reforzar el malecón como parte de la reparación de 1842, aunque al parecer

ésta afectó sobre todo al muro de aguas arriba.

Ante tales limitaciones y para optimizar los consumos, el 17 de enero de 1839 la Administración Patrimonial y el Ayuntamiento "constitucional" de Ontígola firmaron un convenio definitivo para el reparto de las aguas con los vecinos de este último, "por el que, en la estación de los riegos", se les permitió desviarlas a sus campos siempre que las dejaran "correr libres para el pantano doce horas de las veinticuatro del día", estableciéndose la obligación de efectuar un padrón anual de las tierras a regar, en las que se sembraban cereales y "salicor" —una planta cuya ceniza rica en sosa se utilizaba para obtener la "barrilla" empleada en las industrias del jabón y del cristal—, según consta en los registros conservados de 1840 a 1843.

Muy pocas son las intervenciones posteriores sobre el Mar, constando por Madoz que hacia 1848 sus aguas se utilizaban para regar las calles de la Florida y del Bianco, además de los muchos otros lugares antes citados —aunque en 1851 la Huerta Valenciana se subasta como finca "de secano", retirándose el riego a menos que el arrendatario lo pagase por separado a 40 reales por fanega de tierra sembrada de cereal y a 60 reales si fuese de "fruto de verano"—. López Malta amplía quince años más tarde esta información cuando afirma que el Mar de Ontígola suministraba agua para regar tres calles: la carretera de Andalucía —"cuyo arbolado llega hasta

el pie del monte Parnaso”–, la del Deleite –que sale de la anterior y llega “hasta el fondo de su olivar, desde donde queda reducida a una senda que se interna en el vecino cuartel de la Flamenca”–, y otra que “empieza también en la carretera por el costado derecho del prado del Regajal, y siguiendo el valle va a desembocar a la misma calle del Deleite donde termina”, y que –con “algunos árboles que vemos alrededor e inmediaciones de las dos lagunas” del Regajal– se plantó en 1865, habiéndose abierto “en el mismo año” –pudiendo verse su recorrido en el plano coetáneo levantado por la Junta General de Estadística–. Sin embargo, por entonces ya se habían “abandonado las fuentes de las calles del Sitio, que procedentes del Mar de Ontígola y sin más objeto que el riego, eran causa perene y quizás la más importante de tan perniciosas enfermedades” como las tercianas, que a raíz de este abandono habían desaparecido –aunque todavía en 1885 se atribuirá “sin fundamento a sus emanaciones la epidemia colérica que invadió a Aranjuez”–.

Tras la revolución de 1868 que expulsó a la reina Isabel II del trono, “se declararon desamortizables en Aranjuez todas las fincas rústicas urbanas que formaban el Real Patrimonio” por una ley de 18 de diciembre de 1869, aunque en palabras de Viñas Rey el Mar de Ontígola “ni aun salió a subasta” –a pesar de que sólo proporcionaba una renta anual de 4.364 reales por cesiones de agua a particulares– ya “que siempre fue considerado como un anejo indispensable de los jardines”; vendiéndose en cambio todo el terreno circundante según la lista de bienes a desamortizar de 1871, donde se describe una finca en la que existen “dos pantanos o depósitos de aguas titulados Mar de Ontígola y Mar Chico, cuya superficie se ha eximido de la medición, como igualmente la entrada de estas aguas”. Esta finca “además tiene la servidumbre subterránea del paso de aguas para el abasto de la población, como igualmente otro para los jardines, respetando el comprador las cobijas de los registros, como también permitirá las obras necesarias para la conservación de dichas cañerías”, y está atravesada por “la calle titulada del Calvario, con sus correspondientes líneas de árboles que respetará el comprador”, contando con “una casilla de la Guardia Civil también excluida de la tasación” –que quizás se correspondía con la “casa del guarda” recogida en la *Topografía* de Aguirre cien años antes–. Como resultado, sólo tres años después, tras la Restauración de 1875 que instaló a Alfonso XII en el trono que había dejado su madre, el Mar de Ontígola volvió a manos del Real Patrimonio, utilizándose sus aguas en los jardines del Príncipe, del Parterre y de la Isla, y los sobrantes en El

Deleite y la Huerta Valenciana, “enajenados dos años antes como secano por lo eventual del riego”; contando varias fincas con concesiones especiales: la huerta de San Pascual, el jardín de Medinaceli, el soto del duque de Osuna, el cuartel de Guardias de Corps, y la finca de la Reina Madre, a las que se sumaban solicitudes circunstanciales; por lo que al año siguiente y para evitar conflictos se aprobó un reglamento complementado por una estadística de usuarios en la que se establecía un orden preciso de preferencias: en primer lugar el Real Patrimonio, luego las concesiones históricas previas a 1868 –que sumaban 13 fanegas de tierra–, después las otorgadas entre 1871 y 1875 para regar fincas desamortizadas –con 149 fanegas distribuidas entre cinco terratenientes–, y por último las peticiones ocasionales que variaban cada año –que en el que nos ocupa ascendían a 82 fanegas repartidas entre 10 usuarios–.

Por entonces, el enlodamiento volvía a ser un problema, que incluso afectaba al Mar Chico, como se deduce de un expediente para su reparación y limpieza fechado en 1871, y sólo cuatro años después un particular –Rosendo Bustos, que contaba con una concesión permanente– presentó una solicitud –que le fue denegada– para regar “terrenos yermos” del Regajal con “agua sobrante” procedente del embalse, utilizando como abono las hojas secas y el légamo que se retirasen del vaso principal; efectuándose nuevas labores de mantenimiento en 1887, por lo que no es de extrañar que tres años después Viñas lo considere “muy cuidado”. El mismo autor lo describe como “un grande y fuerte muralón que enlaza a dos cerros próximos, entre los cuales y la muralla se detiene una cantidad de agua que no bajará de un millón de metros cúbicos”, que “tienen salida por una gran compuerta en la parte más baja del pantano y van a parar al Mar Chico, que no es más que un pequeño depósito, en el que están las cañerías que conducen las aguas a las preciosas fuentes monumentales de los jardines (...) y la acequia destinada a (...) las aguas de riego (de) una gran extensión de terrenos que por su altura no son regables con las aguas del Tajo”. Y es que este uso utilitario había acabado superando su destino lúdico original, pues aunque todavía se conservaba la isla creada para Felipe IV en el centro de la laguna, ya había desaparecido su antiguo cenador, no quedando de los tiempos pasados más que las “buenas y abundantes tencas” que atraían a los pescadores de los contornos, aunque por un expediente de 1910 sabemos que en verano se permitía el baño en el Mar Chico, cuyas aguas salitrosas estaban recomendadas para afecciones de la piel, por lo que andaba muy concurrido.

Según la *Guía* anónima de 1902 las aguas del Mar de Ontígola todavía se empleaban –“juntas con las del Mar Chico y la Charca” del Secano– “para el riego de algunas calles altas, (...) las fuentes de los jardines y plaza de San Antonio”, y aunque Ellías Tormo nos informa en 1929 de que ya “está muy aterrado”, veinte años más tarde –según Terán– todavía alimentaba “los surtidores del Jardín de la Isla y algunos riegos eventuales en las inmediaciones”; mientras que en 1957 el llamado *Diccionario del Movimiento* afirma que “abastece los surtidores de los jardines de Palacio y de la Isla”.

A partir de entonces, el nulo mantenimiento provocó que el área encharcada se redujese radicalmente por la colmatación de sus riberas, invadidas de carrizos, juncos y otras plantas acuáticas, que llegaban incluso a taponar los aliviaderos, por lo que en 1987 la Confederación Hidrográfica del Tajo tuvo que realizar una intervención de emergencia para liberarlos, ya que las aguas rebosaban por encima de la coronación, provocando un profundo socavón en el ánden superior. Sin embargo, a pesar de este abandono todavía suministraba agua a la huerta de San Pascual y a las fuentes del Parterre y del Jardín de la Reina, aunque la de la Mariblanca –en la plaza de San Antonio– había sido enganchada a la red general –conectada desde ese año al Canal de Isabel II– y funcionaba con un motor en circuito cerrado, una solución que más tarde se extendió a los demás surtidores, reduciendo la utilidad del Mar de Ontígola a la laminación de inundaciones.

Un año después, el 25 de octubre de 1988 y en virtud de una ley de 1982, el Mar de Ontígola y el Mar Chico fueron transferidos del Patrimonio Nacional al del Estado; mientras que dos años más tarde, por *Decreto* del 19 de julio de 1990 la Comunidad de Madrid estableció un régimen de protección preventiva para el espacio natural “El Regajal–Mar de Ontígola”, con 630 ha de superficie, que fue publicado en el *B.O.E.* el 9 de enero del siguiente año, siendo incluido en el *Catálogo de Embalse y Humedales de Europa* y en la Red Natura 2000.

Se pretendía así reconocer la extraordinaria riqueza ecológica que atesoraba uno de las zonas húmedas más interesantes del sur de la Comunidad de Madrid, formada por un área pantanosa con abundante vegetación palustre de juncos, espadañas, carrizos, sauces y mimbreras, en la que anidan numerosas aves acuáticas: garzas reales, aguilucho lagunero, pollas de agua, patos cuchara, fochas, cercetas, zampullines chicos, somormujos lavancos, porrones comunes, y ánades reales, frisos, rabudos y silbones. Además este área está rodeada por una cadena de cerros yesíferos poblados de tomillos

y espinos, poblados por 154 especies de mariposas singulares por su "rareza o interés" —como la *zerynthia rumina* y otros endemismos—, que se agrupan en el cercano prado del Regajal, y que han exigido la redacción de exigentes estudios medioambientales para minimizar el impacto que provocará en la zona la realización de la autopista de peaje R-4 y el túnel del tren de Alta Velocidad Madrid-Toledo.

Por desgracia, esta consideración no parece haberse extendido todavía al propio dique, obra clave en la historia de la ingeniería hidráulica española, que —en palabras de José Luis Sancho— ha llegado "a un punto extremo de degradación, con pérdida masiva de los elementos de sillería"; siendo tan grande el abandono que en 1996 se desbordó por coronación, y aunque la riada no tuvo consecuencias, desde entonces se limpian regularmente los aliviaderos, previniéndose incluso construir alguno nuevo; aunque casi todas las inversiones proceden de la Consejería de Medio Ambiente y consecuentemente se destinan al sostenimiento de su flora y fauna.

Para terminar, hay que mencionar que además de este Mar de Ontígola existió en el antiguo "cuartel de Castillejo" de Aranjuez "una laguna o estanque grande", que fue construida por Carlos IV en 1790 "con murallón de piedra y cal" para recoger las aguas del regato de la Cavina —que baja desde Ocañuela por el Corralejo— con el fin de regar unas praderas formadas en la vega de la casa de Serrano para la Yeguada Real, por lo que se le bautizó como Mar de la Cavina, "mas una avenida de una nubada, que hizo muchos estragos" el 6 de mayo de 1801, sobrepasó "en cinco varas por encima del murallón" y produjo tal erosión que "desbarató este estanque o nuevo mar" del que quedan escasos restos —aunque según López Gómez todavía hoy se aprecian buenos sillares—, pues nunca se volvió a rehabilitar.

[VP] [AT]

Documentación

VILLANUEVA, J. de: Planta, Perfil y fachada del Murallón qº se había de hazer en los Cerros de la Mina frente a la Casa del Labrador. BN: 15-86 nº 25, Barcia, nº 6893-6895

Bibliografía

AA.VV.: Guía de Aranjuez. Madrid, Ayuntamiento de Aranjuez, editorial Barlovento, 1980; pp. 20-21.
 ALBUM-guía del Real Sitio de Aranjuez. Madrid, Tipografía de La Revista Moderna, Litografía y Fotograbados Matheu, 1902. (edición facsímil

de la original a cargo de Editorial Doce Calles. Madrid, Closas Orcoven, 1987)

ÁLVAREZ DE QUINDÓS, J.A.: Descripción histórica del Real Bosque y Casa de Aranjuez. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 1993. (edición facsímil de la original de 1804); pp. 94-95, 99, 124, 313, 318, 328, 335-338, 387-388.

CAMPOS, A.: Madrid en cercanías (I), Excursiones desde Tres Cantos, Alcalá, Aranjuez, Leganés, Móstoles y El Escorial. Madrid, Los libros de la catarata, 2000; pp. 55-57.

CANTÓ TELLEZ, A.: El turismo en la provincia de Madrid. Madrid, Diputación Provincial, 1928; pp. 79-80.

DIÁZ MARTA, M.: Cuatro obras hidráulicas antiguas entre la mesa de Ocaña y la vega de Aranjuez. Toledo, Caja Toledo, Obra Social Cultural; pág. 35.

DICCIONARIO Geográfico de España. Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957.

DOCUMADRID: Aranjuez y la vega del Tajo, nº 7 de la serie Pueblos y ciudades, de la colección Biblioteca Madrileña de Bolsillo. Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Cultura. 1999; pp. 55-56.

DUQUE DE SAINT-SIMON: Memorias. Barcelona, Bruguera, 1981.

ESTRADA, J. A. de: Población general de España, sus reinos y provincias, villas y pueblos, islas adyacentes y presidios de África (2 vol.). Melilla, Servicio de Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento, Fundación Municipal Sociocultural y Biblioteca Nacional de Madrid, nº 4, 1995. (edición facsímil de la tercera edición de 1768 del original de 1747); pág. 94.

FEO PARRONDO, F.: Recopilación de bienes desamortizados de la Comunidad de Madrid. (trabajo inédito)

FRANCÉS, J.: "Una laguna de Rivas será el cuartel general del parque del Sureste". *EL PAÍS Madrid*, 23 de marzo de 1998, pág. 4.

FUNDACIÓN PUENTE DE BARCAS: Aranjuez, Paisaje Cultural. Aranjuez: Comunidad de Madrid, Consejería de Educación, Dirección General de Patrimonio histórico Artístico. Fundación Puente Barcas. Ediciones Doce Calles, S.L., 2000; pp. 41, 43.

I. G. M.: "El AVE cruzará en túnel la reserva natural de Ontígola". *EL PAÍS Madrid*, 1 de julio de 2003; pág. 8.

LÓPEZ GÓMEZ, A.: Antiguos riegos marginales de Aranjuez ("Mares", azudas, minas y canales). Discurso leído el día 5 de junio de 1988 en el acto de su recepción pública por el Excmo. Sr. D. Antonio López Gómez y contestación por el Excmo. Sr. D. Carlos Seco Serrano. Real Academia de la Historia, Madrid, 1988; pp. 19-45.

LÓPEZ Y MALTA, C.: Historia descriptiva del Real Sitio de Aranjuez, la que escribió en 1804 don

Juan Álvarez de Quindós. Aranjuez, 1868 (Aranjuez, Doce Calles, 1988, ed. facsímil); pp. 12-13, 60, 74, 328-329, 402-409, 414, 432, 502.

LLAGUNO Y AMIROLA, E.: Noticias de los arquitectos y arquitectura de España desde su restauración. Ilustradas y acrecentadas con notas, adiciones y documentos por D. Juan Agustín Ceán-Bermúdez. Imprenta Real, Madrid, 1829. Madrid, Turner, 1977 (edición facsímil); pág. 132.

MADOZ, P.: Madrid, audiencia, provincia, intendencia, vicaría, partido y villa. Madrid, Comunidad de Madrid, Ediciones Giner, 1981. (edición facsímil)

MADRID: La provincia (vol. II). Madrid, Viajar, Tania D.L. 1982 (Guías provinciales de España); pp. 127-128.

MARQUESA DE CASA VALDÉS: Jardines de España. Madrid, Aguilar de Ediciones, 1973; pág. 121.

MARTÍNEZ, M.: "La Comunidad elabora un proyecto para la conservación del Mar de Ontígola". *ABC Madrid*, sábado 16 de septiembre de 2000; pág. 17.

MARTÍNEZ-ATIENZA, J.: Guía de Aranjuez, el real sitio, la ciudad, el paisaje. Aranjuez, Doce Calles, Fundación Puente Barcas, 1996; pág. 154.

MIGUEL RODRÍGUEZ, J.C. de; SEGURA GRAÑO, C.: "La política hidráulica de Felipe II en el heredamiento de Aranjuez". *Madrid*, Revista de arte, geografía e historia. nº 1, 1998. Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Cultura; pp. 210-211.

MOLEÓN GAVILANES, P.: La arquitectura de Juan de Villanueva. El proceso del proyecto. Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Servicio de Publicaciones, 1988; pág. 52.

MORÁN TURINA, J. M. y CHECA CREMADES, F.: Las casas del Rey. Casas de Campo, Cazaderos y Jardines, Siglos XVI y XVII. Madrid, Ediciones El Viso, 1986; pp. 106, 137.

NARD, F.: Guía de Aranjuez (su historia y descripción, y la del camino de hierro, con la situación y detalles de sus palacios y jardines, calles y plazas, fuentes y edificios notables, templos, fábricas, Fondas, cafés y cuanto puede interesar al viajero. Madrid, Imprenta de la Viuda de D. J. R. Domínguez, 1851. (edición facsímil a cargo de Librerías París-Valencia, Valencia, Texto Graf, 1998); pp. 80, 115, 119, 124-125, 138-139, 145.

NIEVA SOTO, P.: "Aportaciones documentales a la figura del arquitecto Jaime Marquet y a su obra en Aranjuez". Madrid, CSIC, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, tomo XXIV, 1987; pág. 94.

ORTIZ CÓRDOBA, A.: *Aldea, Sitio, Pueblo. Aranjuez: 1750-1841*. Aranjuez: Doce Calles, 1992; pp. 155, 159, 282, 396, 409, 455-456.

PONZ, A.: Viaje de España. Madrid, Imprenta Viuda de Ibarra, 1791; tomo XVI, pp. 12-13.

_____: Viaje de España. Madrid, Aguilar, 1988; tomo IV, pp. 319-320.

RIBERA BLASCO, J.; GARCÍA TAPIA, N.: Juan Bautista de Toledo, Jerónimo Gili y Juan de Herrera: autores de la "Mar de Ontígola". *Boletín del Seminario de estudios de Arte y Arqueología*, nº 51, Madrid, 1985; pp. 319-344.

SANCHO, J.L.: La Arquitectura de los Sitios Reales. Catálogo Histórico de los Palacios, Jardines y Patronatos Reales del Patrimonio Nacional. Editorial Patrimonio Nacional. Madrid, 1995; pp. 370-372.

_____: Las Vistas de los Sitios Reales por Brambilla: Aranjuez, Solán de Cabras, La Isabela.

Madrid: Patrimonio Nacional, Ediciones Doce Calles, S.L., 2002; pp. 76-77.

SANTOS, M.: "Las obras de la R-4 en Aranjuez se harán de noche para evitar daños a las mariposas". *EL PAÍS Madrid*, domingo 20 de octubre de 2002.

TERÁN, M. de: "Huertas y jardines de Aranjuez". *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo*, Año XVIII, nº. 58, enero-julio 1949; pp. 278-279.

TORMO Y MONZÓ, E.: *Aranjuez*. Madrid: Patronato Nacional de Turismo, 1929 (Aranjuez: Doce Calles, 1995, ed. facsímil), pág. 22.

TOVAR MARTÍN, V.: "Jayme Marquet, un arquitecto en la corte de España: nuevos datos sobre su actividad en el Real Sitio de Aranjuez". Madrid, CSIC, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*,

tomo XXXIV, 1994; pp. 181, 184, 187.

UTANDA MORENO, L.: "Factores físicos y Desamortización en la vega de Aranjuez". *Estudios Geográficos*, nº 158. Madrid, CSIC, Instituto Juan Sebastian Elcano, 1980; pp. 73-74.

VIÑAS, S.: *Aranjuez*. Madrid: Biblioteca de la Revista Ilustrada La Provincia, 1890 (Aranjuez: Fundación Puente Barcas, Doce Calles, 1991, ed. facsímil), pp. 19, 40-41.

WINTHUYSEN, X. de: Jardines clásicos de España, Castilla, en "PARDES, colección de jardinería histórica". Madrid, Ediciones Doce Calles, Real Jardín Botánico, 1990. (edición facsímil de la original de 1930); pág. 62.